

e-aquinas

Año 4

Septiembre 2006

ISSN 1695-6362

Este mes... **COR IESU, FONDS VITAE**
(Cátedra de Teología del IST)

Aula Magna:

JUAN ANTONIO MATEO, *Fuente de agua viva* 2-7

Documento:

PÍO XII, *Haurietis Aquas* 8-35

BENEDICTO XVI, *Carta al Prepósito General de la Compañía de Jesús*
con motivo del I aniversario de la encíclica Haurietis Aquas

Publicación:

JOSÉ CALVERAS, *Comentario la encíclica Haurietis Aquas* 48-131

Noticia:

Congreso Internacional Cor Iesu, Fons Vitae 132

Fuente de agua viva

Actualidad de la encíclica Haurietis Aquas 50 años después Esbozo de la lección inaugural de Balmesiana¹

Juan Antonio Mateo
Coordinador de la Cátedra de Teología del Instituto Santo Tomás

Algunas observaciones previas en torno al concepto de corazón

La palabra “corazón” es profundamente evocadora; más allá de su significado más obvio y elemental, esconde toda una gama de matices y sentidos que debemos considerar para entender de qué hablamos al referirnos a la devoción al Sagrado Corazón de Jesús.

Corazón (*kardía*), en lengua griega, designa por una parte el corazón como órgano del cuerpo y centro de la vida física, y por otra parte, como sede de mociones psíquicas e incluso como fuente de vida anímica en cuanto tal. Significa el centro, lo más íntimo. En Homero, por ejemplo, *kardía* indica el centro anímico y espiritual del hombre como tal, designa la sede de las emociones y de los sentimientos, de los impulsos y de las pasiones, movimientos de alegría y tristeza, valor y cobardía, fuerza y miedo, amor, ira y odio. En la lengua griega el vocablo llega a identificar corazón como centro del querer y como lugar en que se fraguan las decisiones del hombre².

En el Antiguo Testamento, los términos que equivalen a corazón (*leb/lebab*) se utilizan también en sentido directo y en sentido figurado, sobretodo aplicado al hombre. En sentido figurado significa el centro de la vida espiritual y anímica, el lugar del sentir, pensar y querer humanos, la sede de los sentimientos y emociones, de la inteligencia y el conocimiento, de las mociones y fuerzas intelectivas, de las fantasías y visiones. También en el corazón se fraguan la necesidad y los malos pensamientos. Del corazón sale la voluntad, la intención resuelta y la decisión dispuesta a la acción. Pero el término *leb* designa sobre

¹ Estas páginas contienen sólo un esbozo de la conferencia que, Dios mediante, será dictada como lección inaugural del curso 2006-2007 de Balmesiana el día 17 de octubre. Muchos aspectos sólo insinuados serán desarrollados en el acto presencial.

² Para esta exploración filológica y de teología bíblica tomamos como referencia el análisis que hace Th. Sorg en *Diccionario teológico del Nuevo Testamento*, I, 339-41 (Sígueme, Salamanca 1981).

todo al hombre con todas sus energías, a la persona en su totalidad. En palabras del exegeta Eichrodt, corazón se utiliza en el Antiguo Testamento de forma compleja para designar la persona entera, su vida interior, su carácter... la actividad espiritual voluntaria y consciente de un yo humano considerado como completo"³. El uso veterotestamentario de *corazón* es mucho más rico que en el griego profano donde el corazón, a pesar de toda su diferenciación, no tiene sino una función dentro de un sistema de fenómenos espirituales y anímicos. En la Sagrada Escritura el corazón es sobretodo el lugar de encuentro con Dios. En el corazón es donde se asienta el temor y la veneración de Dios, en el corazón se opera la conversión a Dios. El Nuevo Testamento asume y lleva a plenitud toda esta riqueza de significados veterotestamentarios. Dos vocablos interesantes en la teología bíblica del corazón son *kardiognostés* (Dios conoce el corazón) y *sklerokardía* (dureza de corazón). Este vocablo es desconocido en el griego profano. La dureza de corazón es la cerrazón del hombre centrado en sí mismo frente a Dios, su ofrecimiento y sus exigencias, y lo mismo cara al prójimo. El hombre posee por su naturaleza un corazón duro como la piedra, separado de Dios y del prójimo, hasta que Dios le dé un corazón nuevo. El hombre pide a Dios que cree en él un corazón puro.

Tal vez como resumen de estas notas de análisis filológico y bíblico sirva el siguiente fragmento del Evangelio:

"... Isaías tenía toda la razón cuando profetizó de vosotros, hipócritas, tal como dice la Escritura: Este pueblo me honra con sus labios, pero su corazón está lejos de mí... Después (Jesús) dijo: ... sólo aquello que sale del hombre puede contaminarlo, pues del interior del hombre, es decir, de su corazón, salen los malos pensamientos que lo impulsan a cometer..." (Mc 7).

Así pues, el verdadero encuentro del hombre con Dios, acontece desde el corazón. Ante el Corazón sacratísimo y misericordioso de Jesucristo, donde se ha manifestado cuanto nos ama Dios, solo cabe la adoración y la devoción más auténticas y sinceras.

Adorar y ser devoto se implican mutuamente. Devoción, en su sentido más genuino, es entrega y la verdadera adoración es entrega de sí mismo en totalidad de amor.

³ Cf. *Teología del AT II*, 149ss.

Es oportuno recordar aquí un precioso texto de Benedicto XVI sobre la adoración como don de sí (*devotio*):

“La adoración tiene un contenido y comporta también una donación. Los personajes que venían de Oriente, con el gesto de adoración, querían reconocer a este niño como su Rey y poner a su servicio el propio poder y las propias posibilidades, siguiendo un camino justo. Sirviéndole y siguiéndole, querían servir junto a él a la causa de la justicia y del bien en el mundo. En esto tenían razón. Pero ahora aprenden que esto no se puede hacer simplemente a través de órdenes impartidas desde lo alto de un trono. Aprenden que deben entregarse a sí mismos: un don menor que este es poco para este Rey”⁴.

Haurietis aquas, recuerda que la Iglesia tributa culto de latría, por tanto, de adoración, al Sacratísimo Corazón de Jesús. Curiosamente, como recordaba el actual Sumo Pontífice, la palabra latina para adoración es *ad-oratio*, contacto boca a boca, beso, abrazo y, por tanto, en resumen, amor.⁵

El culto y la devoción al Sagrado Corazón de Jesús han generado en la Iglesia y en la vida de los fieles un movimiento de profunda renovación en la vida cristiana que siempre ha de hallar su centro en la persona de Jesucristo. Pío XII considera este culto como un don inestimable del Señor a su mística Esposa en estos últimos siglos en que ella ha tenido tantos trabajos que soportar y dificultades que superar. Disfrutando de este don la Iglesia puede mostrar una caridad más ardorosa a su divino Fundador.

Sin duda alguna, parte importante de los trabajos y dificultades de la Santa Iglesia durante los últimos siglos proceden del movimiento iluminista y racionalista que culminará en el ateísmo y que también afectó a la imagen misma de Jesucristo que quedaba reducido a una vacía ideología incapaz de suscitar el amor de los hombres. Es interesante recordar al respecto el proceso demoledor iniciado por el liberalismo protestante y que después se extendió en amplios sectores de la Iglesia católica.

El culto y devoción al Sagrado Corazón de Jesús constituyen una auténtica recuperación del Cristo real, presente en su humanidad santísima, completa, con la cual nos alcanza concretamente su inmenso amor para cada uno de los hombres. Nos encontramos pues en el centro y plenitud de la vida cristiana, de la caridad infundida por el Espíritu Santo en nuestros corazones y sin la cual es imposible salvarse. Ello muestra en palabras de la encíclica, la misma íntima

⁴ Benedicto XVI, Colonia, Explanada de Marienfeld, 20 de agosto de 2005.

⁵ Cfr. Benedicto XVI, Colonia, homilía del 21 de agosto del 2005.

naturaleza del culto que debe darse al Sacratísimo Corazón de Jesucristo. Este culto, enseña el Papa, exige de nosotros una plena y entera voluntad de entrega y consagración al amor del Divino Redentor, del que es índice al vivo y signo el Corazón herido. Este culto, no lo olvidemos, en su más importante finalidad, pretende principalmente que respondamos nosotros al amor divino con nuestro amor. Esta perspectiva de amor personal de correspondencia dentro del contexto de una religión de amor es imprescindible para entender con sentido católico el culto y la devoción al Sagrado Corazón de Jesús.

Para esto es menester ver la dimensión simbólica del Sagrado Corazón. La encíclica enseña que el Sagrado Corazón es signo o símbolo natural del amor de Jesucristo. ¿Qué significa esto? El Papa reitera que el corazón de Cristo es “índice natural” o “símbolo” de su inmensa caridad hacia el género humano. El Corazón del Verbo Encarnado es “símbolo del divino amor que comunica con el Padre y el Espíritu Santo...es además símbolo de aquella ardentísima caridad, que infundida en su alma, enriquece la voluntad humana de Cristo... y por fin, y esto de manera más natural y directa, es símbolo también de su afecto sensible, ya que el cuerpo de Jesucristo goza de perfectísima capacidad de sentir y percibir...”. También dice que “el Sacratísimo Corazón de Jesús... es también símbolo legítimo de la caridad que movió a nuestro Salvador a celebrar con el derramamiento de su sangre su místico desposorio con la Iglesia...”. Para entender la importancia de todo esto hay que recuperar el sentido más originario y profundo del término “símbolo”. Creo que la traducción más fiel es “con-junción”. Procede del verbo griego “*sym -ballo*”. Alude a una realidad única que se identifica por la conjunción de unas partes. Antiguamente, cuando los documentos de identidad eran desconocidos e inexistentes, muchas personas que de niños o jóvenes abandonaban su patria para dirigirse a lugares lejanos de los que sólo retornaban pasados largos años, era frecuente que se identificarán por un “símbolo”. Solía ser una medalla o moneda familiar que se partía en dos pedazos. Uno quedaba en casa, en propiedad de la familia; el otro, lo llevaba consigo el que se iba. Cuando regresaba años después, conjuntando ambas piezas se tenía certeza de la identidad del que regresaba. Con más fuerza aún, siguiendo esta interpretación, cabe decir que el amor personal de Jesucristo por todos los hombres en general y por cada uno en particular no se llega a alcanzar sin el contacto con la mediación necesaria de su humanidad santísima que se condensa eminentemente en su corazón. Pío XII insiste oportunamente en estos fundamentos a lo largo de toda la *Haurietis Aquas*.

La Iglesia tributa culto de latría al Corazón de Cristo porque éste, como parte nobilísima de su naturaleza humana, está unido hipostáticamente a la Persona del Verbo Divino y porque su Corazón manifiesta naturalmente más que cualquier otro miembro de su cuerpo su inmensa caridad. Pío XII, citando a

León XIII, recuerda que “en el Sagrado Corazón está el símbolo y la imagen al vivo de la infinita caridad de Jesucristo que nos mueve a la mutua correspondencia de amor”. Y con relación a esto no estará de más recordar que el primer precepto de Israel y también de la Iglesia era y es “amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón” (Ex 34, 27-28) y que Dios detesta que sólo le adoren con los labios y que aparten su corazón de Él. Los pasajes de la encíclica que recogen los fundamentos bíblicos y patrísticos del culto y devoción al sagrado corazón de Jesús merecen ser releídos por su profundidad y actualidad.

Insistiendo en el fundamento cristológico de la devoción al Sagrado Corazón queremos citar otro luminoso párrafo de la encíclica: “...el corazón de Jesucristo, unido hipostáticamente a la divina Persona del Verbo, palpité también sin ninguna duda con el amor y las demás conmociones afectivas, con tan entera concordia y armonía, tanto con la voluntad humana llena de la divina caridad, como con el mismo infinito amor que el Hijo comunica con el Padre y con el Espíritu Santo, que entre estos tres amores no hubo jamás oposición ni disonancia”.

Sólo desde una cristología ortodoxa puede fundamentarse adecuadamente el culto y devoción al Sagrado Corazón de Jesús. No son pues superfluas las palabras de Pío XII insistiendo en el tema casi al final del documento: “... el fiel cristiano, al venerar el Corazón de Jesús, adora a una con la Iglesia, un signo y como una huella de la caridad divina, que llegó al extremo de amar con el Corazón del Verbo Encarnado al género humano contaminado con tantas maldades. Por tanto, en este punto doctrinal, tan importante como delicado, es necesario siempre tener presente que la verdad del símbolo natural con que el Corazón físico de Jesús se refiere a la persona del Verbo, descansa toda en la verdad primaria de la unión hipostática, y quien lo negase, renovarían falsas opiniones condenadas más de una vez por la Iglesia, por ser contrarias a la unidad de persona en Cristo con sus dos naturalezas distintas e íntegras”. ¡Fundamenta tene!, decían los clásicos. No es por casualidad que la piedad, devoción y culto al Sagrado Corazón han entrado en crisis en amplios sectores del Pueblo de Dios como consecuencia de la difusión de doctrinas erróneas y confusas, en particular de muchas cristologías no sólo no calcedonianas sino anticalcedonianas que carecen de los rudimentos más elementales de la cristología católica.

La devoción al Sagrado Corazón se fundamenta igualmente en la doctrina católica sobre la redención, expresión suprema del amor de Cristo. El Corazón de Jesús que veneramos es un corazón herido. Siempre tiene su herida, aunque ahora sea gloriosa y luminosa. El Papa, hablando de la herida del Corazón, como imagen al vivo de la caridad de Dios y de Cristo, nos ofrece una doctrina preciosa: “...la herida del Sacratísimo Corazón de Jesús, pasado ya de esta vida

mortal, constituye a través de los siglos la imagen al vivo de aquella caridad, con que de propia iniciativa dio Dios a su Unigénito para redimir a los hombres, y Cristo nos amó a todos tan ardientemente, que se inmoló a sí mismo en el Calvario...”.

El cruento sacrificio de Cristo en la cruz constituye el “principal documento” de su íntima e infinita caridad: “Haciendo esto nos dio ejemplo de aquella excelsa caridad que como meta suprema de su amor había propuesto a sus discípulos. Y así el amor de Jesucristo Hijo de Dios, por el sacrificio del Gólgota, manifestó de manera clara y expresiva el amor del mismo Dios: En esto hemos conocido la caridad (de Dios), en que Él dio la vida por nosotros; también nosotros debemos dar la vida por nuestros hermanos (1 Jn 3,16). Y en realidad nuestro Divino Redentor fue clavado a la cruz más por amor que por la fuerza de sus verdugos, y su voluntario holocausto es don supremo hecho a cada uno de los hombres, según, la frase densa del Apóstol: Me amó y se entregó por mí (Gal 2, 20)”.

El párrafo citado contiene magníficos elementos para establecer una verdadera devoción al Sagrado Corazón de Jesús.

En la lección se desarrollarán estos otros aspectos:

La verdadera devoción al Sagrado Corazón de Jesús

Los frutos de esta excelsa devoción

Necesidad urgente de fomentar la devoción al Sagrado Corazón de Jesús

El Inmaculado Corazón de María, modelo supremo y cauce para vivir la devoción al Sagrado Corazón

La Divina Misericordia y el Sagrado Corazón